

pide gozar de esta contemplacion y entregarse á ella completamente á su placer. Allí, ningun velo viene á interponerse entre ella y su Criador ; ninguna necesidad, ningun deber viene á desviarla

superficie ; nó la perfeccion interior de sus organos, ni la economía maravillosa de todas sus partes, tan admirablemente combinadas entre sí, relativamente á su oficio y á su destino ; no vémos su alma, su entendimiento, su voluntad, sus conocimientos y sus virtudes, que son los más bellos ornamentos de una criatura inteligente. Pero los santos, viendo á Dios, penetran en toda la profundidad de su ser ; de suerte que no hay nada de su naturaleza que les esté oculto. Vén claramente la esencia divina, con todas sus perfecciones tanto absolutas como relativas. Vén la infinidad de su naturaleza, la inmensidad de su grandeza, la eternidad de su duracion, las maravillas de su sabiduria, la extension de su poder, los secretos de su providencia, las ternuras de su misericordia, la severidad de su justicia, los encantos de su belleza, el brillo inmortal de su gloria. Vén al descubierto y sin nubes, el misterio inefable de la Trinidad de sus personas, en la unidad de su sustancia ; la fecundidad del Padre, la generacion del Hijo, y la posesion del Espiritu Santo. Vén cómo, por inclinacion de su pura bondad, há querido comunicarse al exterior produciendo las criaturas, é imprimiéndolas los caracteres de su propia excelencia ; cómo las há formado con su sabiduria, con un orden y una simetria tan maravillosa ; cómo, por la fuerza de su poderoso brazo, las há sacado del abismo de la nada, para darlas el ser y para hacerlas contribuir á su gloria. — Vén en él todos los otros misterios de la fé, el de la Encarnacion, con toda la continuidad admirable de la vida pobre y humilde del Hombre-Dios ; el de la Eucaristia, y el estado sobrenatural del cuerpo de Jesucristo en este sacramento ; el de la Pasion, y las razones infinitamente sabias que Dios há tenido, para élegir este medio para hacer la redencion ; el de la Resurreccion, y la gloria inextimable de que Nuestro Señor há sido colmado en este dichoso momento ; por ultimo, todo lo que pertenece á la economía general de la redencion del genero humano. Ellos vén, digo, todos estos misterios sin oscuridad, y con toda la seguridad y toda la claridad con que una cosa puede ser conocida ; no por penosas averiguaciones, sino á simple vista y por un acto sencillísimo, que, penetrando la esencia divina, vé allí distintamente los desi-

de él y á interrumpir los homenajes que le dirige. Es, por el contrario, la adoracion y la glorificacion de Dios que forman precisamente toda su ocupacion. Oh ! dichosa ocupacion ! Cómo debe ser dulce el estar libre de todos los cuidados que nos absorben y de todos los trabajos rudos á que se está sometido aqui bajo, y no tener más que bendecir, glorificar y amar á su Criador y á su Salvador ! Qué placer el poder entonces reparar las negligencias y los olvidos de que se há hecho culpable, durante la vida presente, respecto de un Señor tan perfecto y tan bueno ! Si, repitámoslo, no podria haber ocupacion más agradable, más dulce, y más verdaderamente dichosa, porqueno la hay que esté tan en armonia con las facultades y los gustos de nuestras almas, hechas precisamente para conocer á Dios, para contemplarle, bendecirle y amarle.

Penetrémosnos, cristianos, de estas consideraciones sobre la belleza del cielo, sobre el encanto de la sociedad que en él se encuentra y sobre las delicias de la ocupacion á que se entregan eternamente. Ellas inflamarán más y más el deseo de llegar á él, y asi habrémos recogido el primer fruto que se debe sacar de la festividad de Todos los Santos ¹. Ocupémosnos ahora del segundo que es

gnios y las obras de su providencia. (Gosselin, *Histor. de las fiestas. Todos los Santos.*)

1. Quid est, auditores, quod nos cœlestis illius patriæ nostræ, et societatis sanctorum desiderio tam parum afficiamur? Cur terram tam ærumnosam, cœlo: exilium patriæ præponimus? Nimirum causa et primo modica fides: terrena enim bona videntur, cœlestia non item. Sed quam clare hæc de re loquitur Scriptura sancta, quam graviter. Quam sincere! Quot testes hoc confirmarunt, et suo sanguine subscriperunt: — Secundo, occupatio nimia in rebus terrenis conquirendis, quæ spatium cogitandi de cœlo hominibus non relinquit: sicut Hebræi operibus luti occupati non cogitabant de terra promissa adeunda et possidenda. Ita nimirum semen istud beatitudinis suffocatur a spinis curarum hujus mundi: annon vero hæc digna commiseratione est, quod miseri mortales operibus luti intenti obliviscantur terræ fluentis

II. — *Un gran esfuerzo merecer el cielo.* — Desear el cielo, no es ése el punto difícil. Aunque esta feliz mansión sea un bien espiritual, que por consiguiente no cae bajo los sentidos, la fé, un poco excitada, basta para darnos el deseo para llegar allí. Así sería difícil encontrar cristianos que no quieran el cielo. Pero, cómo es raro, al propio tiempo, el encontrar quiénes tengan el valor necesario para merecerlo! Ay! dice en alguna parte San Agustín, se quiere

lacte et melle? — Tertio, metus iudicii. Sed hoc ipsi nobis grave facimus, dum cœlestia non appetimus, sed terrena tantum amamus et querimus. Audi sanctum Augustinum, in Psal. cXLVII: «Perversum omnino est, quem diligitis, timere ne veniat, et orare quotidie: Adveniat regnum tuum quod quidem nihil aliud esse videtur, quam orare ut adveniat regnum ejus, et tamen timere ne exaudiaris. Unde autem iste timor? Quia iudex venturus est; numquid invidus? Malevolus? Nihil horum prorsus. Quis natus est venturus iudicare te, nisi qui venit iudicari pro te?» Hæc Augustinus. — Quarto, difficultas viæ. Sed vide quam ea trita facta est ab omni hominum genere, ætate, sexu, conditione. Novimus pene ex omni hominum genere aliquos beatos. Habent theologi S. Augustinum, Divum Thomam, Divum Bonaventuram aliosque innumeros; philosophi S. Dionysium; juristæ et advocati S. Ivoem; medici SS. Cosmam et Damianum; musici S. Cæciliam; ludimagistri, S. Cassianum; scribæ, S. Anselmum; pictores, Lucam; aurifabri, S. Eligium; venatores, S. Eustachium; piscatores, Petrum et Andream; lignarii fabri, Josephum; textores, S. Severum; fullones, S. Menignum; sartores, S. Gutmanum; sutores, SS. Crispinum et Crispinianum; ephippiarii, S. Gualvardum civem Augustanum; carbonarii, S. Alexandrum; pastores, SS. Simeonem, Wallericum, Sozontem, etc.; medici, S. Servulum; duces, S. Achatium et S. Mauritium; milites S. Sebastianum, S. Martinum, etc. Quare dicere hic possumus, quod S. August. lib. VIII, confess. cap. XI, ait: *Ibi tot pueri et puellæ, ibi juvenus multa, et omnis ætas, et graves viduæ, et anus. Tu non poteris, quod isti et istæ.* — Rogemus itaque Deum, ut quemadmodum orat apostolus ad Ephes. I: *Det nobis illuminatos oculos cordis nostri ut sciamus, quæ sit spes vocationis ejus et quæ divinæ gloriæ hæreditatis ejus in sanctis* (FABER. loc. cit. n. 5).

el cielo y no se le quiere. Se quiere el cielo en tanto que no se trata más que de gozar; no se le quiere ya, desde el momento que se trata de ganarle. Pues bien, la fiesta de Todos los Santos debe tener precisamente por segundo efecto el darnos un gran valor para merecer el cielo. Cómo esto? De dos maneras principalmente.

Desde luego, la festividad de Todos los Santos excita nuestro valor para ganar el cielo, por éso solo que nos lo muestra cómo la recompensa de todos los que quieren vivir cristianamente. Está en la naturaleza que se trabaja con tanto más ardor para obtener una cosa cuánto más preciosa es ella. Es así cómo el labrador se dá muchas más fatigas para preparar el campo que debe producirle el trigo, que el que debe producirle solamente avena, porque el trigo es más precioso que la avena. Es así también cómo el artista invertirá más tiempo y pondrá más cuidados en la ejecución de una obra de la cuál espera gloria y provecho, que en un trabajo que no le promete más que una pequeña remuneración á sus fatigas. Que se anuncie un certamen con premio importante para el vencedor, al instante se presentarán una multitud de gentes, que no economizarán esfuerzo alguno para conquistar la recompensa ofrecida. Siendo así las cosas, quién no vé de que estímulo es la fiesta de Todos los Santos para hacernos trabajar para ganar el cielo! Porque este es una recompensa mayor y más preciosa, sin comparacion, que ninguna de las que puedan jamás ser propuestas á los hombres. En que consisten, en efecto, las recompensas humanas? Consisten ya en placeres, ya en riquezas, ya en honores. Pero qué honores pueden igualar á los que se goza en el cielo, en dónde los elegidos son cómo otros tantos reyes, y los comensales del Rey inmortal de los siglos, durante toda la eternidad? Qué riquezas terrestres pueden ser comparadas con las celestiales, que bastan para comprarlo todo, y que el orin no puede roer ni los ladrones robar? Qué placeres, por ultimo, la tierra puede ofrecer en comparacion con los del cielo, que llenan deliciosamente el ser, y no producen ni saciedad ni disgusto?

Y, si para procurarse los riquezas, los honores y los placeres de la tierra, se hace t n grandes esfuerzos; si para poseer estos bienes enga osos y per cederos se entrega   largos y penosos estudios, c mo hacen los sabios para conquistar gloria; si se condena   privaciones dolorosas de sue o, de descanso y de cosas necesarias   la vida, t les c mo el vestido y la alimentacion, c mo hacen los borrachos, para proporcionarse el ignoble placer de beber; si se afronta los m s terribles peligros, c mo hacen los soldados para ganar una condecoracion, los navegantes para aumentar sus riquezas; si diariamente se madruga antes del alba y si, desde la ma ana hasta la noche, se desafian las intemperies de las estaciones, c mo hacen las gentes dedicadas al campo, para aumentar su patrimonio: qu  no debemos hacer, cristianos, qu  no debemos afrontar, qu  no debemos sufrir, para ganar el cielo, el mayor, el m s precioso de los bienes, el solo bien que merece este nombre! « Gran Dios! exclama un santo predicador, aunque fu ra necesario subir al paraíso por una escalera de espadas puntiagudas,   por un horno t n alto c mo fu  el de Babilonia, no deberiamos retroceder dice San Agust n, aunque no se tratara de gozar de  l m s que un solo d a. » Y no es un d a que debe durar el cielo; es  ternamente, es t nto tiempo c mo Dios ser  Dios, es siempre. Sig ese de ah  que no hay bien comparable con el cielo. Por consiguiente, el cielo merece que se haga, para ganarlo, esfuerzos incomparablemente mayores que los que se hace para procurarse cualquier otro bien, sea el que fu re. Es as  c mo la sola vista del cielo, que la Iglesia entreabre hoy   nuestras miradas, debe animarnos con un valor sobrehumano para llegar   poseerle.

Lo que debe contribuir   sostenerle, es la consideracion, no del cielo mismo, sin  de los santos que lo habitan. Porque en valde ser  el cielo el mayor de todos los bienes; si nos apareciera c mo imposible ganar, no estariamos menos desanimados en trabajar por una empresa que veriamos no poder alcanzar. Pero, la vista de los bienaventurados que est n en el cielo, nos prueba precisamente que no depende m s que de nosotros ganarle tambien.

Porque qu  eran estos bienaventurados, durante su per grinacion por la tierra? Eran hombres absolutamente c mo nosotros. En cu nto   la nacionalidad, todos los pueblos tienen representantes en el cielo. En cu nto al estado, estos eran Ponticifes   Papas, aquellos reyes   principes, los unos guerreros   magistrados, los otros artesanos   pastores; todas las condiciones est n igualmente representadas en el cielo. En cu nto al caracter y al temperamento, hay santos que, en la tierra, eran impulsados por su naturaleza al orgullo, otros   la lujuria,   la envidia y   los celos,   la colera y   la venganza, c mo   la intemperancia y   la pereza. Cada cu l h  tenido su pasion dominante, m s   menos abyecta, siempre humillante, con frecuencia muy fuerte, muy impetuosa, y, hasta la muerte, ten z. Sin embargo, no han dejado de trabajar por su salvacion, y es precisamente combatiendose   si mismos y resistiendo   sus malas inclinaciones, c mo han merecido el cielo. Porque este, repit moslo, es una recompensa, que no se acuerda con justicia m s que   los que han combatido valientemente hasta el fin c mo cristianos ¹.

1. Meritos de los santos. Ese es el punto practico, el punto esencial; si aspiramos   la felicidad de los santos, es preciso que queramos tambien merecerla com  ellos. Ciertamente, el cielo es un d n, m s todavia que una recompensa; porque qu n podria merecer una recompensa infinita? Dios nos h  hecho para esta  ternidad dichosa; cuando la h mos perdido por el pecado, el Hombre — Dios la h  rescatado con la  fucion de su sangre, y asegura la posesion   las almas de buena voluntad. Pero, nos fijamos? A las almas de buena voluntad, es decir, de una voluntad seria, formal, que co pere   la accion divina; una voluntad  fectiva, actuante, uniendose   Jesus para la conquista del cielo, que es un d n de la infinita liberalidad, pero tambien una recompensa de la infinita justicia. Es que la razon no se une   la f , para decirnos, que si pretendemos gozar un d a de la corona de los santos, nos es preciso tener, en este mundo, sus virtudes? — Que esta proposicion no nos asuste. No se nos pide que vay mos   la par con los santos los m s ilustres, que han sido c mo las antorchas de la Iglesia; no es necesario que todos seamos h eros, sin  que seamos verda-

Pues bien, no es evidente que la vista de los santos que están hoy en cielo, despues de haber sido en la tierra lo que acabamos de decir, es un espectáculo de los más poderosos para darnos valor para ganar el cielo á nuestra vez? Pues si han sido lo que nosotros, porqué no llegarémos á ser lo que ellos son? Si, siendo pecadores cómo nosotros, no obstante se han santificado, porqué no nos santificarémos cómo ellos? Qué precepto tenemos que observar, que no hayan tenido que cumplir antes que nosotros? Qué virtud nos está impuesta que no hayan tenido, antes que nosotros, que practicar? Si, pues, ellos han cumplido los mismos deberes que ahora nos incumben, es un prueba concluyente de que podemos tambien cumplirlos. Mucho mejor, nuestra situacion respecto de esto es más favorable que la suya, principalmente si se trata de santos de las edades antiguas. Porque no sabian cómo nosotros, por la experiencia de numerosos antecesores, que les era ciertamente posible salvarse, y esto há debido necesariamente paralizar, en cierta medida, su ardor y su energía. En cuánto á nosotros que vemos, en este dia, el cielo lleno de una multitud innumerable de bienhéchores de todas las naciones, edades, sexos y estados, permanecémos forzosamente de convencidos de que no depende más que de nosotros el ser tambien admitidos, al salir de

deramente de la familia de los cristianos en la tierra, para pertenecer un dia á la de los elegidos en el cielo. Hay grados diferentes, yá en el mundo de la gracia, yá en el mundo de la gloria: *Cada cual*, nos dice San Pablo, *recibe de Dios su dón particular, el uno de una manera, y el otro de otra*. I. Cor. vii. Una es la claridad del sol, otra es la de la luna y otra diferente la de las estrellas. Una estrella difiere de otra en claridad. Asi es la resurreccion de los muertos. I. Cor. xv. 41 y 42. Pero precisa que séamos cómo una estrella del firmamento espiritual, por la pureza de nuestra alma, por la fidelidad á nuestros deberes, por el brillo de nuestras virtudes cristianas, por la conservacion y aumento en nosotros de la gracia santificante; y entonces, hermanos é imitadores de los santos, nobles atelas cómo ellos, obtendrémos el premio. (Etcheverry. Medit. 1º de noviembre.)

este mundo, y que si no vámos á él, no será por impotancia, sinó por flojedad ó cobardia¹.

Conclusion. — Un gran deseo del cielo, un gran valor para llegar á él, táles son, cristianos, los dos efectos que debe producir en nosotros la fiesta de Todos los Santos, los dos frutos que debemos sacar. Debemos sacar de la celebracion de esta fiesta un gran deseo del cielo, porque este es la mansión más deliciosa por la belleza del lugar, por la sociedad que se encuentra y por la ocupacion á que se entrega. Debemos sacar igualmente un gran valor para merecer

1. El ejemplo de los santos que la Iglesia nos propone hoy por modelos, nos muestra el medio seguro para llegar al termino dichoso adonde ellos han llegado. Los unos han ganado el cielo por la virginidad, los otros por el martirio; estos lo han merecido por la inocencia, aquellos por las austeridades de una vida penitente; muchos por los trabajos de una vida completamente consagrada á la santificacion de las almas. En una palabra, ningún adulto há llegado más que por la humildad, por la dulzura, por la paciencia, por la sobriedad, por la castidad, por el amor á Dios y al prójimo. Las bienaventuranzas que la Iglesia nos propone hoy en el Evangelio, nos muestran claramente el camino que ellos han seguido; el reino del cielo les pertenece, porque han sido pobres de espíritu; han entrado en posesion de la tierra, porque han sido bondadosos; han sido consolados, porque han pasado la vida en lagrimas; han sido satisfechos, porque han tenido hambre y sed de justicia; se les tiene misericordia, porque han sido misericordiosos con los demás; tienen la dicha de ver á Dios, porque se han conservado puros de corazon; son llamados hijos del Altísimo, y participan de su herencia, porque han sido pacíficos; por ultimo, el reino del cielo les pertenece, porque han sufrido persecuciones por la justicia. — Para llegar á este termino feliz recurrámos con frecuencia á su intercesion, é invoquémosles hoy con confianza. Son poderosos, llenos de caridad y conocen nuestra debilidad, y saben, por propia experiencia, las dificultades que tenemos que vencer para caminar sobre sus huellas; y no dejarán de escuchar nuestras suplicas, y las presentarán con fervor delante del trono de Dios. (Gosselin. *Histor. de las fiestas. Todos los Santos.*)

ser admitidos en este dichoso lugar, por una parte, porque es la maravillosa recompensa acordada á todo el que lleva, hasta la muerte, una verdadera vida cristiana; y por otra, porque podemos tener la certeza de llegar, si nosotros lo queremos sinceramente. Hagámos de estos fortificantes pensamientos, cristianos, el tema de nuestras reflexiones en este tiempo, profundicémoslas, y nutrámos con ellas nuestros corazones. Enardeciendo más y más en nosotros el deseo del cielo, trabajaremos con ardor y confianza para merecerlo, y las obras que réalicemos por la impulsión de estos sentimientos nos harán precisamente dignos de ser admitidos á la salida de este mundo. Asi séa.

CONMEMORACION DE LOS DIFUNTOS

(2 DE NOVIEMBRE)

EVANGELIO.

Continuacion del Santo Evangelio segun San Juan (v. 25-29).

En aquel tiempo, Jesus dijo á los Judios: En verdad, en verdad os digo, que tiempo vendrá, y es yá llegado, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la habrán escuchado vivirán. Porque cómo el Padre tiene la vida en si mismo, há dado tambien al Hijo esta misma potestad y la de poder juzgar, porque es el Hijo del nombre. Que esto no os asombre; porque tiempo vendrá en que todos los que están en el sepulcro oirán la voz del Hijo de Dios, y los que habrán hecho buenas obras resucitarán para vivir; pero los que las habrán hecho malas, resucitarán para ser condenados.

Sequentia sancti Evangelii secundum Joannem (v. 25-29).

In illo tempore, dixit Jesus turbis Judæorum: Amen, amen, dico vobis, quia venit hora, et nunc est, quando mortui audient vocem Filii Dei: et qui audierent vivent. Sicut enim Pater habet vitam in semetipso: sic dedit Filio habere vitam in semetipso, et potestatem dedit ei iudicium facere, quia Filius hominis est. Nolite mirari hoc, quia venit hora, in qua omnes qui in monumentis sunt, audient vocem Filii Dei: et procedent, qui bona fecerunt, in resurrectionem vitæ; qui vero mala egerunt, in resurrectionem iudicii.